

## IX

Un día, al levantarme, noté cierta extraña disposición en los objetos; diríase que mis retinas adolecían de un defecto que las privara de su cualidad innata: una sutileza observativa en las impresiones, una clara visión del teatralismo circundante. Todo se me aparecía borroso, convertido en una piel cerdosa de un animal imaginario; los relieves tomaban formas alegóricas e inquietantes; a la vez que estas manifestaciones externas, ocupaba mi mente un martilleo incomprensible; no dudé un momento: se estaba operando en mí una crisis espiritual que debía respetar...

Me senté sobre una butaca y cerré los ojos; no bien hube hecho esta operación sencilla comprendí, hasta los más ínfimos detalles, la misteriosa paralización de mi vista y la preocupación latente de mi espíritu resurrecto..., me dormí otra vez y soñé larga, honda y profundamente; fue como el sueño obligado de una purificación completa. Una mirada fugaz bastó para examinar todo mi pasado. No era una nebulosa, ni mucho menos, las delineaciones aparecíanse claras, nítidas, recalcitrantes. Era una existencia duramente castigada por los impulsos hondísimos de la espiritualidad, herida por las refulgencias de un sol cercano, amamantada entre las flores del dolor y del sentimiento: flores ajadas, mustias, pálidas, que me arrojaban los eunucos de esa gran dama, de esa cautivadora insaciable que es la *Vida*. Después, estas flores se mezclaron, en exótica zarabanda, con los nardos que emanaban, risueños y vitales, de mi adolescencia animosa, de mi comenzar ingenuo; luego, desengaños, luchas interiores, rebeldías... y, ahora, el despertar de un sueño, de un sueño que pareció tener en un principio la virtud de enterrar con olvido la fuerza indestructible del pasado; así desperté, apoderada de mí la plena convicción de que mi *yo-anterior* había muerto, de que mi cuerpo era otro cuerpo, de que mi espíritu era otro espíritu, y de que mi alma, por una rara casualidad efectuada en la transmisión metempsicótica había vuelto a mí. Pero, al borrarse mi pasado, yo aparecía en las tinieblas cubierto de negruras densas, indotado de conciencia vital, carente de pensamientos que entrenaran mi espíritu o desarrollaran mi cerebro..., mas una claridad undívaga acarició mi alrededor, y mi vista se alegró con un espasmo de vida..., un peligro instintivo en esa claridad hizo que diera un tropezón como consecuencia del movimiento salvador..., la misma conciencia del peligro puso en la inteligencia un sello de raciocinio..., y fue entonces cuando los radiantes focos del pasado se abrieron balbucientes, atemorizados; desapareció aquella nostalgia que iba formando en mi nuevo ser la ausencia de impresiones remotas.

Me sentí fuerte, poderoso, viril, sobreviviendo mi enorme potencialidad a toda aquella serie de asaltos monstruosos, felinos, rugidores; tuve un gesto de orgullo, de orgullo noble, sano, limpio de ruindades. Yo, en mi resurrección, juntaba al pasado la ingente obra del soporífero que con sus desfallecimientos logró dormirme; por eso ahora, redivivo, me animaba un febril deseo de lucha y actividad.

Todas estas expansiones de lo pasado y de lo actual parecían levantarme de un precipicio, en el cual cayera por la ineluctable presión de un hecho biológico. Miré hacia adelante, hacia el futuro ideal que movería mi vida en aras de sus imposiciones; y, por último, yo me di cuenta de que sobre mis activos deberes se encontraba el de resolver la actualidad de mis ligamientos sociales; sí, de la realidad del momento dimana, como un engendro suyo, el soplo vivificante de la acción venidera...

Por eso, inmediatamente después de vestirme, salí a la calle para personarme en la secretaría del señor Velasco; era una atmósfera gris que parpadeaba inconsciente y molesta, sulfurada por los horrores de la canícula: canícula destructora y extenuante, que llenaba los cerebros de bulliciones continuas, pesadeces adormecedoras, estados molestos...

Me recibió el señor a quien don Miguel dejó encargado de sus asuntos: un antiguo amigo a quien le habían entrado, junto con los cabellos blancos, los entusiasmos de la política y los ritmos de aquella vida azarosa. Después del saludo, sus primeras frases fueron de recriminación y de censura a mi absurdo proceder en los últimos días: «Bien se preocupa usted de darme a conocer las órdenes y las instrucciones del señor Velasco; estoy verdaderamente desorientado; de los pueblos se reciben noticias de interés, asuntos importantes, algunos dicen que procure activar las resoluciones, otros pretenden intervenciones enérgicas cerca del Gobierno civil o de la Diputación, en fin... un solemne lío; yo no me atrevía a hacer nada, y usted, que es el que sabe algo de este cotarro, se pasa bonitamente los días sin venir».

Al oír estas palabras me esforcé por contener una sonrisa que significara mi indiferencia. ¡Había cambiado tanto! Sí, en los albores de mis nuevos procederes, la vista de aquellas mesas-escritorios, donde se agolpaban las cartas y telegramas —vestidos rufianescos que tapaban otras tantas intrigas— en trágica zarabanda, me producían interiores protestas y repugnancias inacabables. Sin embargo, puse por disculpa una enfermedad traidora que me había privado unos días de conocimiento.

Comencé a ordenar papeles y a llenar de confusos antecedentes la cabeza sudorosa del buen señor; los tres escribientes que había en secretaría contestaban cartas atendiendo una breve indicación nuestra; aquello iba bien. El fiel amigo abrió al optimismo y al buen humor uno de los grifos de su vida placentera. Un fuerte trabajo continuo de cinco horas sirvió para dejar casi todo al corriente.

Fuimos a almorzar; yo sentía una gran satisfacción, que no podía nacer de lo que en mí significaba el trabajo realizado; bien podía tomarse como feliz mostranza de los caminos nuevos, de las sendas inéditas que me aguardaban febriles... Es que yo estaba libertado de todo prejuicio actual, de toda traba que originara el mal comienzo de mi nueva era. Necesariamente influyen en los derroteros de una época las tendencias, más o menos acertadas, con que finalizara la anterior. Ví entonces, muy claro, el camino que me marcaba mi entusiasmo... y estudié la forma de llegar a su realización pronta; lo primero era separarme de aquel ambiente de engaño, lo segundo sería la bella película de una vida racional, de una existencia puramente idealizada y estilizada por las facultades superiores del claro intelecto.

A la semana siguiente llegó don Miguel Velasco. Grande fue mi contento al saberlo, como si representara el encauzamiento y la norma decisiva de mi vivir incierto; lo ví aquel mismo día, estaba algo enterado «de la molicie ingenua» que había dominado en los asuntos de la secretaría. Sin embargo, no podía ocultar una interior satisfacción que se transfiguraba en líneas vacilantes sobre la faz heteróclita; además, estaba acostumbrado a hablarme con ilimitada confianza, haciéndome confidente de sus anhelos y ambiciones; era, pues, su trato conmigo una especie de amor indefinible que, generalmente, sienten los políticos por sus secretarios jóvenes e ingenuos; por eso, fue subitánea la transformación, y su rostro, que quiso en un principio ser rígido y severo, volvióse sonriente, alegre —sin afectación— optimista, espiritual, confiado en el porvenir siluetesco, franco en las

intimididades bonachonas; es decir, adquirió las delineaciones del noúmeno, que representa lo que en realidad es.

En seguida comprendí que las impresiones del veraneo eran hasta satisfactorias; mis primeras palabras, después de los efusivos apretones de manos, fueron dirigidas a recordarlas y a aumentar, por lo tanto, su franca alegría.

—Parece usted muy satisfecho —le dije.

—Es para estarlo —me contestó— todo marcha muy bien; sí, sí, exigiremos soluciones inmediatas, el gobierno no resiste dos sesiones.

—Ya habrá contubernios antes de todo eso.

—Quizá, pero lo dudo, hay mucha excitación y poca tolerancia.

Yo no pude resistir y dije:

—Esta es la vergonzosa decadencia política. ¡Qué indignación! ¡Puah!

Don Miguel trató de explicarme con sofistería rebuscada y vulgar lo que él llamaba «todo un ciclo histórico».

—Mira —me dijo— las naciones están formadas mediante un primitivo «pacto social» que acuerdan las masas aborígenes; la fuerza, el empuje industrial o guerrero que pueda desarrollar ese «pacto social» constituye el poderío de la nación respectiva; de aquí provienen las diversas categorías y la natural subordinación de la pequeña potencia a la grande; ahora bien: influyen muchos medios en la formación o conjunto de influencia internacional; en eso estamos casi sometidos a la sucesión de los tiempos; la energía de un pueblo es una ley biológica; nuestro país, por ejemplo, tuvo ya su época de esplendor, de poder omnímodo, de arbitrio internacional; después, la fatalidad, engendrada por el inexorable hecho histórico, ha forjado la decadencia. Los hombres son hijos de su época. A los políticos de hoy les domina la cobardía, la ceguera, la impotencia, el escepticismo...

—Bien —le interrumpí— y eso ¿por qué?

—Déjame terminar: cuando la fuerza natural de los tiempos pone sus manos sobre la rotación fría y caduca de un estado son inexplicables, y menos justificables, las causas de la decadencia.

Yo le miraba fijamente a los ojos, me parecía grotesco que un hombre como él, positivista, dotado de agudeza práctica, atribuyese nada a fuerzas naturales del tiempo y de la historia.

En fin, sería la fatalidad con sus engranajes ocultos, pero en los ciudadanos un reguero de claridad ponía el signo de la rebeldía, de la forzada subordinación; y yo digo: cuando un estado a quien la decadencia llevó a la ruina posee masas que rebullen, protestan, se agitan en la sombra acechando un descuido de las amarras crujientes, es que en ese estado existe un medio de liberación, un factor poderosísimo, una primera materia capaz de formar ese compuesto al que se ha dado en titular: proceso histórico. Pues bien, mi país era un caso análogo, sólo que una política herrumbrosa, caduca y vieja hacía las funciones de muro de contención de la ola salvadora, de imposición fatídica a la sincera idealidad ciudadana: y a esto era a lo que daría fin la historia inexorable, pese a las afirmaciones del señor Velasco, cuya voz sonaba a ultratumba milenaria. Es que sostenía el absurdo de que si bien el hecho histórico podía crear un ciclo decadente, nunca la renovación podría ya sentar su activa fuerza constructora en la nación infeliz que tuviera la desgracia de servir de escenario a aquel capricho histórico. Así se lo hice constar a don Miguel, quien no tuvo otro gesto que una frase de suyo demasiado tópico: «Eres muy literato, querido Castro».

—En efecto —traté de confirmar— lo que no es obstáculo para...

En esto, llegó una visita urgente a la que don Miguel tuvo que atender, dejándome con la palabra en la boca.

Al quedarme solo, yo, que soy bastante propenso al raciocinio conmigo mismo, no pude eludir ese sentimiento que pesa sobre mí como una incitación constante al encuentro del anhelo feliz. Sí, yo me había embriagado de literatura, había empapado toda mi facultad creadora de esencia literaria, tenía una fe grandísima en la creencia —ultraísta sin duda— de que si todos fuésemos algo literatos, lo bastante para con sinceridad escribir la novela de nuestra vida, lo profundo que haya en cada existencia arbitraria, compondríamos una sociedad mejor, en la que revoloteara sobre los cerebros de todos la opinión pura y noble que se desprendiera de las páginas espirituales y espejistas. Un sueño era esta idea, una lucubración caprichosa de alma exaltada parecería en las esferas mundanas y en los nidos monopolizadores del interés societario. Mi fervor por la literatura me había llevado en los últimos días a delirios en los que retembaba, como un grito que de ellos saliera, el ansia noble de ver impresos y diseminados los brotes innumerables y las cadencias rítmicas de todo un carácter propagandista, diluidor de pensamientos y emociones: el gesto literario. Me parecían insuficientes, como seres aprisionados que eran, los ensayos que publicaba en el periódico; imaginaba grandes tomos, interminables volúmenes en los que vibrara con el dinamismo novelesco la esencia de una sincera ideología; a veces soñaba, no otra cosa que sueños eran aquellas páginas de poesía incandescente, de estatismo escultural, que escribía en los pedestales escabrosos de la vida realista; creía ser inagotable la fuente de donde sorbería el elixir que alimentara mis fuerzas literarias. Como primera medida tomé la de trasladarme a Madrid, punto donde se forjarían los inmensos aceros que constituían la caparazón de mi fuerza visualista e interna. Ahora bien, la vida madrileña resultaba bastante gravosa para mi bolsillo indigente. Pensé escribir a mi tío Fabio exponiéndole la situación, pero no lo llegué a realizar. Don Miguel Velasco, jefe liberal de la provincia y *ministrable*, lo había de resolver todo con su influencia política, que equivalía a decir: poder omnímodo sobre todo.

\* \* \*

Se lo hice notar a los pocos días; con inflexible locuacidad fui exponiendo mis planes futuros, mis sueños de novelista y escritor, la imposibilidad de adaptarme al azaroso vivir político; mi sentir individual prefería la calma espiritualizada de las embriagueces literarias, de los reposos plácidos y evocadores —a veces convertidos en simpáticas turbulencias— de un continuo forcejeo con las interrogaciones ceceantes. Don Miguel asentía con la cabeza a los pensamientos expresados con mis frases resueltas, y, al llegar al punto de mi sostén en Madrid, no vaciló un instante en ofrecerme algún destino oficinesco.

Hubo un momento en que ambos dejamos de hablar, en nuestro fondo pudiera decirse que se movía un desconocido aleteo: yo pensaba en mis descubrimientos futuros, en los que alternaría la emoción artística con mi temperamento apropiado a sus fulgencias e impresiones; el señor Velasco veía derruirse el castillo de cartón que había construido alrededor del que él creía un gran carácter político; por eso, un poco tembloroso, insistió sobre su punto de vista.

—Mira, Antonio —me decía— no encalles en esos parajes a donde quieres dirigirte, mejor sería...

—No, no, don Miguel —exclamé—, es una fuerza natural la que me impulsa, mi deber es respetarla para que pueda convertirse pronto en una solidez ideológica. El arte hecho ideas, ¡habrá cosa más atrayente! Es lo que yo persigo, sin influencia de nadie, procurando no arrastrarme por los cauces del ambiente, formar una literatura idealista, pero de un idealismo interno, repleto de poder creador, capaz algún día de apoderarse del timón colectivo. ¿No es esto política espiritual? Y la fuerza poderosa de mi alma joven hará que se realicen estas aspiraciones, aunque para ello tenga que comprometer mi vida terrena en la demanda; le recordaré, querido don Miguel, una frase sublime de Nietzsche, el maestro de filósofos: «Amo al que quiere crear algo superior a él y sucumbe».

En la frente del señor Velasco pudo leerse su escepticismo y quizá el dolor que le producían mis manifestaciones.

Yo, convertido por obra y gracia de mi ardor literario en un adalid de la aspiración colectiva, procuré desde aquel mismo momento iniciar la formación definitiva del sentir crítico, encauzando definitivamente mi cerebro al logro de lo que siempre fue en mi un anhelo, el supremo anhelo...

En mi imaginación pintóse un cuadro horrendo: furias, desnudos, martirios incesantes..., ¡cerré los ojos y recordé!

Debilidad general en mi cuerpo, intensísima, como secuela de exterminios o de crujientes castigos; ridículas las descripciones del Dante, en presencia de aquellos desvaríos: sapos, reptiles, la Naturaleza enloquecida y furiosa...

...Pero, ¿qué es esto? ¡Oh, horror de los horrores!..., pasó la muerte..., soy un redivivo..., destruiré prejuicios..., mi paso será el símbolo de un renaciente poder humano...  
¡¡Arriba mi cuerpo pisoteado por la bestia!!

*Una voz terrible, voz sedienta:* «Escribe pronto, escribe..., ¡maldición eterna para la gusanería!..., rompe tu envoltura y mata..., destruye inutilidades...»

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»  
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS  
>DOCUMENTO: Sello\_018